

EN MEMORIA DE FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

POR

ENRIQUE ZULETA PUCERO

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA JORNADA DE CLAUSURA DE LA XVII REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA. ALCOBENDAS (MADRID), 10 DE DICIEMBRE DE 1978.

Mi presencia en esta jornada de clausura de la XVII Reunión de Amigos de la Ciudad Católica configura un doble motivo de honor y responsabilidad: en primer lugar, por la distinción de que, una vez más, me hace objeto nuestro amigo Juan Vallet de Goytisolo; en segundo lugar, porque ocupó el lugar que hubiera correspondido a un querido amigo y maestro de todos nosotros.

Fallecido, en el momento de su más plena madurez intelectual y personal, cuando afrontaba los perfiles definitivos de una obra intelectual prodigiosa, Francisco Elías de Tejada nos deja no sólo el legado de un pensamiento verdaderamente único en rigor, originalidad y amplitud de miras, sino el ejemplo de una vida dedicada al combate generoso y apasionado por España y por la fe. A través de los casi 250 títulos que publicara y de una prédica académica y política de más de treinta y cinco años, Elías de Tejada no dejó tema moderno o contemporáneo por afrontar. Su análisis, siempre original, rico en matices y perspectivas nuevas, recorrió ámbitos tan diversos como la filosofía del Derecho, la ciencia política, la historia de las ideas, la antropología cultural, la sociología, la filosofía o la teoría de la cultura. Desde una raíz profundamente española, anclada en la solidez de los clásicos, se proyectó hacia una universalidad sin límites: desde su magna investigación sobre "Las Españas" hasta sus ensayos sobre el pensamiento inglés, alemán, irlandés, indochino o tailandés; desde los problemas de la ontología jurídica hasta la

cultura vasca o catalana; desde las ideas políticas de la Baja Edad Media inglesa hasta las más modernas corrientes de la filosofía actual.

En el recién aparecido volumen XIX del *Anuario de Filosofía del Derecho* nos sorprende hoy su ensayo sobre "El futuro del Derecho bantú", alarde de erudición y a la vez de sensibilidad para con los fenómenos antropológicos y culturales más lejanos de nuestra experiencia inmediata. Toda la obra y la vida de Elías de Tejada son, precisamente, modelo de una cada vez menos frecuente síntesis entre rigor intelectual e inquietud vital; entre erudición e insobornable responsabilidad intelectual, ligadas a una intuición siempre atenta al mensaje secreto de las cosas. Su fervor no conoció causas imposibles ni desmayos. Sus empresas fueron múltiples, y siempre volcadas a la defensa de la vitalidad perenne de la tradición española y católica. Su pensamiento se agigantó en el debate, sin que la carga polémica llegara a turbar la grandeza de los fines.

Si fuera menester rescatar una divisa o un principio de fondo en sus esfuerzos, habría que decir, con palabras suyas: "reatar el hilo roto con la tradición perdida, postulando la herencia común que impera el retorno al Derecho natural católico, tal como fuera formulado por los clásicos de las Españas". Frente a los que reniegan de la tradición común, Elías de Tejada elaboró la más vasta demostración de las posibilidades y virtualidades de la misma, frente a los problemas que agitan al mundo de hoy. Vivió y pensó lo universal como español y desde la tradición hispánica. Los dos tomos de su desgraciadamente inconcluso *Tratado de Filosofía del Derecho* son ejemplo acabado de este empeño intelectual: todos y cada uno de los problemas contemporáneos son enfocados allí desde la óptica de la tradición, revelando, así, luces y sombras hasta hoy inadvertidas. Tenemos fundados motivos para creer que ésta era la obra de su vida; la síntesis madura de un esfuerzo ingente que lo llevó a transitar todos los itinerarios del espíritu moderno tras el hilo por momentos invisible de la tradición.

Vivió su misión intelectual con el ardor de una cruzada, con la decisión del testimonio militante. Formó toda una escuela de ensayistas y profesores universitarios, volcada al cultivo del Derecho

natural hispánico, de la que cabe esperar aún sus mejores frutos. Su magisterio, nunca mediatizado por la distancia, lo llevó varias veces a Hispanoamérica, y hoy, en Santiago, Buenos Aires, México o São Paulo, generaciones de jóvenes profesores o políticos demuestran en la acción la vitalidad de un pensamiento alimentado en sus obras. En Elías de Tejada se intuyó la genialidad y el vigor de la raza, la universalidad de la raíz hispánica, el sentido profundo de un combate. Creo que esta dimensión hispanoamericana de la obra y la enseñanza de Elías de Tejada es una de las más importantes de su multifacética personalidad. No solamente porque su prédica sobre las Españas caló muy hondo entre nosotros, sino porque su visión esencial de las Españas, con sus tradiciones comunes y singularizadas, aguarda aún una proyección al mundo americano.

Las ideas verdaderas perpetúan a los hombres, el espíritu trasciende las barreras del tiempo y de la muerte. Unidos en la gratitud, rendimos hoy nuestro homenaje al recuerdo de Francisco Elías de Tejada, maestro entrañable y espíritu indomable, de una Hispanidad jamás resignada.